

Reestructuración productiva mundial: una nueva fase en la dialéctica de la dependencia

Claudio Katz*

Resumen. El ciclo progresista surgió de rebeliones populares que modificaron las relaciones de fuerza en Sudamérica. Hubo mejoras sociales, conquistas democráticas y frenos a la agresión imperial, pero se acentuó el extractivismo exportador y la balcanización comercial. Los convenios de cada país con China ilustran fracturas en la integración que han facilitado el resurgimiento de los tratados de libre comercio. El progresismo fue afectado por ensayos neodesarrollistas fallidos que no lograron canalizar las rentas agroexportadoras hacia actividades productivas. Aunque el gasto social distendió la protesta, el descontento se extendió bajo los gobiernos de centroizquierda. Los conservadores ocultan la corrupción, el narcotráfico y la desigualdad que acosan a sus gobiernos. La caracterización del ciclo progresista como periodo posliberal omite las continuidades respecto a la fase previa e ignora los conflictos con el movimiento popular. Finalmente, puede afirmarse que los proyectos socialistas ofrecen el mejor desemboque para la etapa en curso.

Palabras clave: ciclo progresista, neodesarrollismo, extractivismo, socialismo, América Latina.

*Profesor investigador de la Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Restructuring world production: a new phase
in the dialectic of dependency

Abstract. The progressive cycle arose out of popular revolts that altered the power relations in South America. There were social gains, democratic conquests, and curbs on imperial aggression, but export-extractivism and trade balkanization worsened. The trade agreements formed by each country with China showed fractures in regional integration, which led to the resurgence of free trade agreements. Progressivism was affected by failed neo-developmental experiments that were unable to channel agro-export rents toward productive activities. Although social expenditures defused the protests, discontent grew under center-left governments. The conservatives hid corruption, narco-trafficking and the inequalities that stalked their governments. The portrayal of the progressive cycle as a post-liberal period omits the persistent characteristics of the previous phase, and ignores conflicts with popular movements. Last, we conclude that socialist projects offer the better path to escape from the stage currently underway.

Keywords: progressive cycle, neodevelopmentalism, extractivism, socialism, Latin America.

Introducción

El año 2015 concluyó con significativos avances de la derecha en Sudamérica. Mauricio Macri llegó a la presidencia de Argentina, la oposición obtuvo la mayoría en el parlamento venezolano y las presiones para acosar a Dilma Rousseff en Brasil persisten. Los conservadores realizan campañas, y en el caso de Bolivia surge la interrogante sobre si Evo Morales conseguirá un nuevo mandato. ¿En qué momento se encuentra la región de Sudamérica? ¿Concluyó el periodo de gobiernos distanciados del neoliberalismo? La respuesta exige definir las peculiaridades de la última década.

Causas y resultados

El ciclo progresista surgió de rebeliones populares que abatieron gobiernos neoliberales (Venezuela, Bolivia, Ecuador, Argentina) o erosionaron su continuidad (Brasil, Uruguay). Esas sublevaciones modificaron las relaciones de fuerza, pero no alteraron la inserción económica de Sudamérica en la división internacional del trabajo. Al contrario, en un decenio de valorización de las materias primas, todos los países reforzaron su perfil de exportadores básicos.

Los gobiernos derechistas (Piñera, Uribe-Santos, Fox-Peña Nieto) utilizaron la bonanza de divisas para consolidar el modelo de apertura comercial y las privatizaciones. Las administraciones de centroizquierda (Kirchner-Cristina, Lula-Dilma, Tabaré-Mugica, Correa) privilegiaron la ampliación del consumo interno, los subsidios al empresariado local y el asistencialismo. Los presidentes radicales (Chávez-Maduro, Morales)

aplicaron modelos de mayor redistribución y afrontaron severos conflictos con las clases dominantes.

La afluencia de dólares, el temor a nuevas sublevaciones y el impacto de políticas expansivas evitaron los fuertes ajustes neoliberales que prevalecieron en otros lugares. Los clásicos atropellos que padecía el Nuevo Mundo se trasladaron al Viejo Continente. La cirugía de Grecia no tuvo correlato en la zona y tampoco se padecieron los desgarros financieros que afectaron a Portugal, Islandia o Irlanda. Este desahogo fue también un efecto de la derrota del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). El proyecto de crear una zona continental de libre comercio quedó suspendido y ese freno facilitó alivios productivos y mejoras sociales.

Durante el decenio imperó una drástica limitación del intervencionismo estadounidense. Los marines y la IV flota continuaron operando, sin consumir las típicas invasiones de Washington. Esa contención se verificó en el declive de la Organización de los Estados Americanos (OEA). El Ministerio de Colonias perdió peso frente a nuevos organismos como la Unión de Naciones Sudamericanas (Unasur) y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac), que fungieron como intermediarios en los principales conflictos (por ejemplo, en Colombia).

El reconocimiento estadounidense de Cuba reflejó este nuevo escenario; al cabo de 53 años Estados Unidos no pudo doblegar a la isla y optó por un camino de negocios y diplomacia, para recuperar imagen y hegemonía en la región. La cautela del Departamento de Estado contrasta con su virulencia en otras partes del planeta. Basta observar la secuencia de masacres que soporta el mundo árabe para constatar la diferencia. El Pentágono asegura desde allí el control del petróleo, aniquilando Estados y sosteniendo a gobiernos que aplastan las primaveras democráticas.

Esa demolición (o las guerras de saqueo en África) estuvieron ausentes en Sudamérica.

El ciclo progresista permitió conquistas democráticas y reformas constitucionales (Bolivia, Venezuela, Ecuador) que introdujeron derechos bloqueados durante décadas por las elites dominantes. También se impuso un hábito de mayor tolerancia hacia las protestas sociales. En ese ámbito, sobresale el contraste con los regímenes más represivos (Colombia, Perú) o con los gobiernos que utilizan la guerra contra el narcotráfico para aterroizar al pueblo (México).

Además, el periodo progresista incluyó la recuperación de tradiciones ideológicas antiimperialistas. Reapropiación visible en las conmemoraciones de los bicentenarios que actualizaron la agenda de una Segunda Independencia. En varios países ese clima contribuyó al resurgimiento del horizonte socialista. También involucró transformaciones internacionalmente valoradas por los movimientos sociales. Si bien Sudamérica se convirtió en una referencia de propuestas populares, en la actualidad han salido a flote los límites de los cambios operados durante esa etapa.

Frustraciones con la integración

Durante 2015, las exportaciones latinoamericanas declinaron por tercer año consecutivo. El freno del crecimiento chino, la menor demanda de agrocombustibles y el retorno de la especulación a los activos financieros tienden a revertir la valorización de las materias primas. Esa caída de precios se afianzará si el *shale* coexiste con el petróleo tradicional y se consolidan otros sustitutos de insumos básicos. No es la primera vez que el

capitalismo desenvuelve nuevas técnicas para contrarrestar el encarecimiento de los productos primarios. Tales tendencias suelen arruinar a las economías latinoamericanas atadas a la exportación agrominera.

Las adversidades del nuevo escenario se verifican en la reducción del crecimiento debido a que la deuda pública es inferior al pasado, no se avizoran aún los colapsos tradicionales, pero ya declinan los recursos fiscales y se reduce el margen que posibilite desenvolver políticas de reactivación. El ciclo progresista no fue aprovechado para modificar la vulnerabilidad regional. Esta fragilidad persiste por la expansión de negocios primarizados en desmedro de la integración y la diversificación productiva. Los proyectos de asociación sudamericana fueron nuevamente desbordados por actividades nacionales de exportación, que incentivaron la balcanización comercial y el deterioro de procesos fabriles.

Luego de la derrota del ALCA surgieron numerosas iniciativas, cuyo objetivo era forjar estructuras comunes de la zona. En general, pese a que se propusieron metas de industrialización, anillos energéticos y redes de comunicación compartidas, los programas han languidecido año tras año. El banco regional, el fondo de reserva y el sistema cambiario coordinado nunca se concretaron. Las normas para minimizar el uso del dólar en transacciones comerciales y los emprendimientos prioritarios de infraestructura zonal quedaron en los papeles. Tampoco se puso en marcha un blindaje concertado frente a la caída de los precios de exportación. Cada gobierno optó por negociar con sus propios clientes y se archivaron las convocatorias de creación de un bloque regional.

El congelamiento del Banco del Sur sintetiza esa impotencia, pues Brasil obstruyó su desarrollo al privilegiar al Banco Nacional de Desarrollo (BNDS) y al Banco de los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica).

La ausencia de una institución financiera común socavó los programas de convergencia cambiaria y moneda común. La misma fractura regional se observa en las negociaciones con China. Cada gobierno suscribe unilateralmente acuerdos con la nueva potencia asiática, que acapara compras de materias primas, ventas de manufacturas y otorgamientos de créditos. China prioriza los emprendimientos de productos básicos y retacea la transferencia de tecnología. La asimetría que estableció con la región sólo es superada por la subordinación que impuso en África.

Las consecuencias de esta desigualdad comenzaron a notarse el año pasado, cuando China redujo su crecimiento y disminuyó sus adquisiciones en Latinoamérica. Además, devaluó el yuan para incrementar sus exportaciones y adecuar su paridad cambiaria a las exigencias de una moneda mundial; esas medidas acentuaron su colocación de mercancías baratas en Sudamérica. Hasta ahora, China se expande sin exhibir ambiciones geopolíticas o militares. Algunos analistas identifican esta conducta con políticas eficientes hacia la región, otros observan en ese comportamiento una estrategia neocolonial de apropiación de los recursos naturales. En cualquier caso, el resultado ha sido un aumento geométrico de la primarización sudamericana.

En lugar de establecer vínculos inteligentes con el gigante asiático para contrapesar la dominación estadounidense, los gobiernos progresistas optaron por el endeudamiento y la atadura comercial. En Unasur o Celac nunca se discutió cómo negociar en bloque con China para suscribir acuerdos más equitativos. Los fracasos en la integración dilucidan el nuevo impulso que logró el Tratado del Pacífico; los tratados de libre comercio (TLC) rebrotan con la misma intensidad que decae la cohesión sudamericana. Estados Unidos tiene objetivos más nítidos que en la época del ALCA, alienta

un convenio con Asia (Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica, TTP) y otro con Europa (Asociación Transatlántica para el Comercio y la Inversión, TTIP) para asegurar su preeminencia en actividades estratégicas (laboratorios, informática, medicina, militares). Posterior al temblor de 2008 promovió con renovada intensidad el libre comercio.

Sudamérica es un mercado apetecido por todas las empresas transnacionales. Estas compañías exigen tratados con mayor flexibilidad laboral y explícitas ventajas para litigar en los pleitos de contaminación ambiental. Estados Unidos y China rivalizan al emplear los mismos instrumentos de apertura comercial. Chile, Perú y Colombia ya aceptaron las nuevas exigencias librecambistas del TTP en materia de propiedad intelectual, patentes y compras públicas, sólo esperan lograr mayores mercados para sus exportaciones agrominerales; no obstante la gran novedad es la disposición del gobierno argentino a participar en ese tipo de negociaciones. Macri pretende destrabar el acuerdo con la Unión Europea e inducir a Brasil a cierta participación en la Alianza del Pacífico. Asimismo, ha registrado que el gabinete de Rousseff incluye representantes del agronegocio, más proclives a la liberalización comercial que al industrialismo del Mercado Común del Sur (Mercosur).

Una prueba de los TLC se verificará en las tratativas de otro convenio, se negoció en secreto por cincuenta países, con cláusulas extremas de liberalización en los servicios (Acuerdo sobre el Comercio de Servicios, TISA). Aunque la iniciativa ya afrontó un rechazo en Uruguay, las tratativas continúan. El ciclo progresista está directamente amenazado por la avalancha de libre comercio que propicia el imperio.

Fallidos neodesarrollistas

Los límites del progresismo han sido más visibles en los intentos nacionales de implementar políticas neodesarrollistas. Estos ensayos pretendieron retomar la industrialización con estrategias de mayor intervención estatal, para imitar el desenvolvimiento del sudeste asiático. A diferencia del desarrollismo clásico promovieron alianzas con el agronegocio y apostaron a un largo periodo de reversión del deterioro de los términos de intercambio.

Después de una década no lograron avanzar en ninguna meta industrializadora. La expectativa de igualar el avance asiático se diluyó, ante la mayor rentabilidad que genera la explotación de los trabajadores en el Extremo Oriente, así como el anhelo de conductas emprendedoras de los empresarios locales, frente a la continuada exigencia de auxilios estatales. La promoción de un funcionariado eficiente quedó neutralizada por la recreación de ineptas burocracias.

El principal intento neodesarrollista se llevó a cabo en Argentina durante el decenio que sucedió al estallido de 2001. Ese experimento fue erosionado por múltiples desequilibrios. Se renunció a administrar en forma productiva el excedente agrario mediante un manejo estatal del comercio exterior. También se confió en empresarios que utilizaron los subsidios para fugar capital sin aportar inversiones significativas. Además, se apostó a un virtuosismo de la demanda cimentado en aportes de los capitalistas, que prefirieron remarcar los precios.

Ese modelo preservó todos los desequilibrios estructurales de la economía argentina. Afianzó la primarización, potenció el estancamiento de la provisión de energía, perpetuó un esqueleto industrial concentrado y

sostuvo un sistema financiero adverso a la inversión. El mantenimiento de una política impositiva regresiva impidió modificar los pilares de la desigualdad social.

Las tensiones acumuladas inducían a un viraje regresivo que el candidato del kirchnerismo (Scioli) eludió al perder los comicios. Postulaba un programa gradual de ajuste con reendeudamiento, devaluación, arreglo con los buitres, mayores tarifas y recortes del gasto social. En Brasil se ha discutido si el gobierno del Partido de los Trabajadores (PT) gestiona una variante conservadora de neodesarrollismo o una versión regulada del neoliberalismo. Debido a que no se afrontaron la crisis y la rebelión popular que convulsionaron a la Argentina, los cambios de política económica tuvieron menor intensidad.

Al cabo de un decenio los resultados son semejantes en ambos países. La economía brasileña se ha estancado y la expansión del consumo no ha resuelto las desigualdades sociales, ni masificado a la clase media. Hay mayor dependencia de exportaciones básicas y un fuerte retroceso industrial. Los privilegios al capital financiero persisten y el agronegocio sofoca cualquier esperanza de reforma agraria.

Rousseff introdujo el viraje conservador que el progresismo evitó en Argentina. Ganó la elección al cuestionar el ajuste promovido por su rival (Aécio Neves) y desconoció esas promesas frente a las presiones de los mercados. Designó un ministro de economía ultraliberal (Levy) que reprodujo el debut de Lula con personajes del mismo tipo (Palocci). Durante 2015 esta gestión ortodoxa generó aumentos de tasas y de tarifas. Rousseff justificó el recorte de las políticas sociales y mantuvo las ventajas que tienen los financistas para acumular fortunas. No obstante, al comienzo del nuevo año reemplazó al hombre de los banqueros por un economista

más heterodoxo (Barbosa), quien prometió un ajuste fiscal más pausado a fin de atenuar la recesión. Este giro no anticipa salidas al pantano que generan las políticas conservadoras.

Ecuador ha padecido la misma involución del neodesarrollismo. Correa debutó con una reorganización del Estado que potenció el mercado interno; aumentó los ingresos fiscales, otorgó mejoras sociales y canalizó parte de la renta hacia la inversión pública. Posteriormente, enfrentó los límites de experimentos análogos y optó por el endeudamiento y el privilegio de las exportaciones. Aparte de suscribir un TLC con Europa, facilitó la privatización de las carreteras y la entrega de campos maduros de petróleo a las grandes compañías.

De acuerdo con lo anterior puede afirmarse que las falencias del neodesarrollismo han obstruido el ciclo progresista. Si bien ese modelo intentó canalizar los excedentes de la exportación hacia actividades productivas, asumió resistencias del poder económico y se sometió a esas presiones.

El nuevo tipo de protestas

Durante la última década se atenuaron los estallidos de descontento popular. Las administraciones en general contaron con un significativo remanente de ingresos fiscales para lidiar con las demandas sociales. La derecha recurrió al asistencialismo, la centroizquierda concretó mejoras sin afectar a los poderosos y los procesos radicales facilitaron conquistas de mayor gravitación. En la región hubo mayor distensión social y los conflictos primordiales se trasladaron al plano político. Se verificaron grandes resistencias contra las acciones destituyentes de la derecha y gigantescas

movilizaciones para apuntalar las batallas electorales, pero no se registraron levantamientos equivalentes al periodo preprogresista. Sólo la heroica respuesta al golpe de Honduras se aproximó a esa escala.

La combatividad popular se expresó en otros ámbitos. Irrumpieron multitudinarias manifestaciones de estudiantes chilenos por la gratuidad de la educación y se consumó una llamativa huelga general en Paraguay. De igual modo se observaron activas demandas de los campesinos, indígenas y ambientalistas en Colombia y Perú. Cabe mencionar que la principal novedad de la etapa fueron las protestas sociales en los países gobernados por la centroizquierda. En un contexto de fuertes presiones políticas de la derecha, esa interpelación desde abajo resaltó la insatisfacción popular.

El desafío fue notorio en Argentina: primero se extendieron las huelgas de docentes y estatales, luego apareció el rechazo al pago de un impuesto que grava a los asalariados de mayores ingresos. Este disgusto detonó cuatro paros generales en 2014-2015. Las acciones masivas sorprendieron a los gremialistas del oficialismo quienes se opusieron a la protesta. En Brasil el descontento emergió en las jornadas de julio de 2013. Las grandes manifestaciones para reclamar mejoras en el transporte y la educación convulsionaron a las ciudades más importantes. Dichas peticiones no sólo constituyeron reclamos de «segunda generación» suplementarios de lo ya logrado, expresaron el fastidio respecto a las condiciones de vida. El malestar se constató en los cuestionamientos a los gastos superfluos realizados con la intención de financiar el mundial de fútbol, en desmedro de las inversiones en educación.

Finalmente, en Ecuador, las movilizaciones sociales e indígenas incrementaron su presencia callejera y alcanzaron el año pasado un porcentaje

de masividad. Correa respondió con dureza y autoritarismo, al mismo tiempo que ensanchó la grieta que separa al oficialismo de amplios sectores populares.

¿Por qué avanza la derecha?

El arribo de Macri a la presidencia representa el primer desplazamiento electoral de una administración centroizquierdista por sus adversarios conservadores. Este viraje no es comparable a lo ocurrido en Chile con la victoria de Piñera sobre Bachelet. Allí se registró una acotada sustitución dentro de las mismas reglas neoliberales. Macri es un crudo exponente de la derecha, su triunfo no fue una casualidad, pues se valió de la demagogia, la despoltización y las ilusiones de concordia; con promesas vacías transformó los virulentos cacerolazos en una oleada de votos.

Una vez que asumió el mandato, designó un gabinete de gerentes para administrar el Estado como si fuera una empresa. Asimismo, inició una drástica transferencia regresiva de ingresos mediante la devaluación y la carestía. A través de los decretos criminalizó la protesta social y preparó la anulación de los logros democráticos. Su victoria estuvo precedida por la negativa del progresismo a asumir numerosas demandas que la derecha recogió en forma distorsionada y demagógica. La responsabilidad del kirchnerismo es omitida por sus seguidores.

Algunos progresistas consideran la victoria de la Propuesta Republicana (PRO) como una desventura pasajera y esperan retomar el gobierno en pocos años, pero desconocen las probables modificaciones del mapa político en ese interregno. Otros suponen que la elección se perdió por

mala suerte o por el desgaste de 12 años, como si ese tedio siguiera una cronología fija.

Quienes atribuyen el desenlace electoral a la prédica ciertamente efectiva de los medios de comunicación hegemónicos, no aceptan que paralelamente falló el armado alternativo de la propaganda oficial. Lo mismo vale para aquellos que se burlan de la «pospolítica» del macrismo, sin registrar la decreciente credibilidad del discurso kirchnerista. El fastidio con la corrupción, el clientelismo y la cultura justicialista de verticalismo y lealtad explican la victoria de Macri.

Pese a que la ofensiva reaccionaria para acosar a Rousseff no obtuvo los resultados de Argentina, desconcertó al gobierno brasileño durante 2015. Los derechistas comenzaron con grandes manifestaciones en marzo, que no pudieron sostener en agosto y menos aún en diciembre. Las movilizaciones sociales contra el golpe institucional siguieron en cambio un curso opuesto y se engrosaron con el paso del tiempo. El Tribunal Supremo frenó por ese momento el juicio político y el gobierno logró un alivio, que empleó para reordenar alianzas a cambio de cierto desahogo fiscal. Rousseff sólo consiguió una tregua con sus oponentes en el Congreso y los medios de comunicación.

Al igual que en Argentina el progresismo elude cualquier explicación del retroceso. Simplemente maniobra para asegurar la supervivencia del gobierno, mediante nuevos pactos con el poder económico, las elites provinciales y la partidocracia. Sus teóricos evitan indagar la involución del PT que erosionó su base social al aceptar los ajustes. En la última elección Rousseff ganó por muy poco y compensó con votos del nordeste los sufragios perdidos en el sur. El sostén de las viejas bases obreras del PT disminuyó frente al clientelismo tradicional.

Lo anterior, aunado a los graves escándalos de corrupción del gobierno, se evidenciaron por ejemplo en negocios con la elite industrial, que retratan las consecuencias de gobernar en alianzas con los acaudalados. En lugar de analizar esa dramática mutación, los teóricos del progresismo reiteran sus genéricos mensajes contra la restauración conservadora.

Una regresión semejante se observa en Ecuador, la gestión de Correa está signada por una gran disolución entre la retórica beligerante y la administración del *statu quo*. El presidente polemiza con los derechistas y es implacable en sus denuncias de la injerencia imperial. En adición, cada día cruza una nueva barrera en la aceptación del libre comercio y en la confrontación con los movimientos sociales. A pesar de que los análisis del progresismo se limitan a redoblar las alertas contra la derecha, omiten la desilusión que genera un presidente comprometido con la agenda del *establishment*. Este giro explica su decisión de renunciar a un próximo mandato.

La centralidad de Venezuela

El desenlace del ciclo progresista se vislumbra en Venezuela, lo acontecido allí no equivale a lo sucedido en otros países. Tales diferencias son desconocidas por aquellos que equiparan los recientes triunfos de las derechas venezolana y argentina, de manera que ambas situaciones son incomparables. En el primer caso los comicios se desarrollaron en medio de una guerra económica, con desabastecimiento, hiperinflación y contrabando de las mercancías subsidiadas. Fue una campaña llena de pólvora, paramilitares, ONG conspirativas y provocaciones criminales.

La derecha preparaba sus típicas denuncias de fraude para descalificar un resultado adverso en los comicios; no obstante, al ganar no alcanza a dilucidar cómo pudo registrarse esa victoria bajo una dictadura. Por primera vez en 16 años obtuvo mayoría en el Parlamento, de ahí que intentaran convocar a un revocatorio para deponer a Maduro. Como no están dispuestos a esperar hasta 2018 se avecina un gran conflicto con el Ejecutivo. Promoverán en el Congreso exigencias inaceptables, con el explícito propósito de acosar al presidente (liberar golpistas, transparentar la especulación, anular conquistas sociales). Ningún rasgo de ese escenario se observa en Argentina. No sólo Capriles tiene prioridades muy distintas a Macri, sino que el chavismo difiere significativamente del kirchnerismo. El primero surgió de una rebelión popular y declaró su intención de alcanzar objetivos socialistas. El segundo se limitó a capturar los efectos de una sublevación y siempre enalteció al capitalismo.

En Venezuela hubo redistribución de la renta y afectó los privilegios de las clases dominantes, en el caso de Argentina ese excedente se repartió sin alterar las ventajas de la burguesía. El empoderamiento popular que desencadenó el chavismo no se equipara con la expansión del consumo que promovió el kirchnerismo. Tampoco el proyecto antiimperialista de la de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de América (Alba) guarda semejanzas con el conservadurismo del Mercosur (Cieza, 2015; Mazzeo, 2015; Stedile, 2015).

La principal singularidad de Venezuela proviene del lugar que ocupa en la dominación imperial. Estados Unidos concentra todos sus dardos contra ese país, con la intención de recuperar el control de las principales reservas petroleras del continente, por ello mantiene una estrategia de agresión permanente. Basta constatar la guerra que libró el Pentágono en

Medio Oriente —demoliendo a Irak y Libia— para verificar la importancia que le asigna al control del crudo. El Departamento de Estado puede reconocer a Cuba y discutir con presidentes adversos, pero Venezuela es una presa no negociable.

Los medios de comunicación hegemónicos martillean día y noche sobre el mismo país, con imágenes de un desastre que requiere salvamento externo. Los golpistas son presentados como víctimas inocentes de una persecución, y omiten que Leopoldo López fue condenado por los asesinatos perpetrados durante las guarimbas. Cualquier tribunal estadounidense hubiera dictado sentencias mucho más duras frente a esas tropelías. La diabolización mediática busca aislar al chavismo para incentivar mayores condenas de la socialdemocracia. Esta campaña no logró resultados hasta la reciente victoria electoral de la derecha. Ahora se disponen a retomar los planes para destituir a Maduro, combinando el desgaste que promueve Capriles con la destitución violenta que impulsa López. Tratan de orillar al gobierno a una situación caótica para repetir el golpe institucional perpetrado en Paraguay.

Macri es el articulador internacional de esa conspiración. Encabeza todos los cuestionamientos a Venezuela, mientras criminaliza la protesta en Argentina. Gobierna por decreto en su país y exige respeto a los parlamentarios de otra nación. El líder del PRO ya sugiere sanciones contra el nuevo socio del Mercosur, pero no habla de Guantánamo ni menciona los padecimientos de los presos políticos en las cárceles estadounidenses. A pesar de que pospuso su exigencia de sanciones a Venezuela a la espera de mayores definiciones de Rouseff, volverá a la dureza si estima oportuno acompañar las provocaciones de López.

Definiciones impostergables

El chavismo ha confrontado fuertes agresiones por la radicalidad de su proceso, la furia de la burguesía y la decisión imperial de manejar el petróleo. Es notorio el contraste con Bolivia, pues allí también ha primado un gobierno radical antiimperialista. El Altiplano no tiene la relevancia estratégica de Venezuela y arrastra un nivel muy superior de subdesarrollo. Morales mantuvo la hegemonía política y logró un crecimiento económico significativo: forjó un Estado plurinacional que desplazó a las viejas elites racistas e impuso por primera vez la autoridad real de ese organismo en todo el territorio. Hasta ahora la derecha no pudo disputarle el gobierno, pero hay una batalla abierta en torno su reelección. En cualquier caso, Bolivia no afronta aún las impostergables definiciones que debe asumir el chavismo.

Desde la caída del precio del petróleo Venezuela sufre un drástico recorte de los ingresos: las importaciones requeridas para el funcionamiento corriente de la economía están amenazadas, se verifica también un gran desborde del déficit fiscal, la brecha cambiaria, la inflación y la emisión. La simple constatación de la guerra económica es insuficiente, ello asociado a la incapacidad del gobierno para enfrentar tal atropello. A Maduro le ha faltado la firmeza que tuvo Fidel Castro durante el periodo especial. El sabotaje económico es efectivo porque la burocracia estatal continúa sosteniendo con los dólares de Petróleos de Venezuela (PDVSA), un sistema cambiario que facilita el desfalco organizado de los recursos públicos (Gómez, 2015; Aharonian, 2016; Colussi, 2015).

Esta falta de manejo del recurso económico acentúa el estancamiento del modelo distribucionista, que canalizó inicialmente la renta hacia

programas asistenciales y no logró después gestar una economía productiva. El escenario actual ofrece una nueva (y quizá última) oportunidad para reordenar la economía. Resulta imprescindible cortar el uso de las divisas con relación al contrabando de mercancías y el ingreso de importaciones encarecidas. Ese fraude enriquece al funcionariado aburguesado y subleva a la población. No basta con reorganizar Petróleos de Venezuela (PDVSA), controlar las fronteras o encarcelar a ciertos delincuentes; sin remover a los corruptos el proceso bolivariano se autocondena al declive.

A partir de la nacionalización de los bancos y el comercio exterior, el chavismo necesita un contragolpe que permita recuperar el sostén popular. Varios economistas han elaborado detallados programas con la finalidad de implementar otra gestión cambiaria. Como consecuencia de la falta de dólares para solventar las importaciones y pagar la deuda habría que enfrentar también una auditoría de ese pasivo.

Maduro ha declarado que no se rendirá; sin embargo, y debido a la compleja situación no bastan las definiciones de aquellos que detentan el poder. La supervivencia del proceso bolivariano exige construir un poder popular desde abajo, ya existe una legislación que define las atribuciones del poder comunal. Sólo esos organismos permitirían sostener la batalla contra capitalistas que burlan controles cambiarios y recuperan excedentes petroleros. El ejercicio del poder comunal está bloqueado desde hace años por una burocracia que empobrece al Estado, ese sector sería el primer afectado por una democracia desde abajo. Al comenzar el año, Maduro instaló una asamblea del poder comunal, pero el verticalismo del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV) y la hostilidad hacia las corrientes más radicales obstruyeron la iniciativa (Guerrero, 2015; Iturriza, 2015; Szalkowicz, 2015; Teruggi, 2015).

Cualquier impulso a la organización comunal redoblará las denuncias de la prensa internacional contra la «violación de la democracia» en Venezuela. Tales cuestionamientos serán propagados por los artífices del golpe estadounidense en Honduras y por los inspiradores de la farsa institucional que derrocó a Lugo en Paraguay. Se trata de los mismos personajes que silencian el terrorismo de Estado imperante en México o Colombia. Aunque han aceptado la institucionalidad cubana dentro de Unasur, no están dispuestos a tolerar el desafío de Venezuela. Confrontar con ese *establishment* mediático es una prioridad en todo el continente.

Ocultamientos derechistas

El nuevo escenario sudamericano ha enaltecido a la derecha, pues asume que llegó su hora y promete cerrar el ciclo «populista», para reemplazar el «intervencionismo por el mercado» y el «autoritarismo por la libertad». Con estos mensajes oculta su responsabilidad directa en la devastación sufrida durante los años 1980 y 1990. Los gobiernos progresistas impugnados aparecieron frente al colapso económico y el desangramiento social provocado por los neoliberales. La derecha no sólo retrata ese pasado como un proceso ajeno a sus gestiones, también encubre lo que sucede en los países que gobierna.

Pareciera que los únicos problemas de América Latina se ubican fuera de ese radio. El engaño ha sido construido por los medios hegemónicos de comunicación, que pasan por alto cualquier información adversa a las administraciones derechistas. El fraude es tan obvio que la mayoría de la población desconoce cualquier información ajena a los países objetados por

la prensa dominante. Los medios describen la inflación y las tensiones cambiarias reinantes en los gobiernos impugnados, pero omiten el desempleo y la precarización imperantes en las economías neoliberales. Resaltan, de igual modo, la «pérdida de oportunidades» que ocasiona el control de los capitales y silencian los terremotos que provoca la desregulación. Despolitizan contra el «artificio del consumo» y encubren el deterioro originado por la desigualdad. Quizá la omisión más grave se ubica en el funcionamiento del Estado. La derecha impugna el «paternalismo discrecional» vigente en el área progresista y desconoce el desmoronamiento que afecta a los narco-Estados, expandidos al calor del libre comercio y la desregulación financiera. Tres economías ponderadas por su grado de apertura y afinidad con el capital —México, Colombia y Perú— sufren esa corrosión del Estado.

México padece el nivel de violencia más dramático de la región, ningún funcionario de alto rango ha sido encarcelado y numerosos territorios están bajo control de bandas criminales. En Colombia los cárteles de la droga financian presidentes, partidos y sectores del ejército. En Perú el grado de complicidad oficial con el tráfico de drogas incluyó la conmutación de penas a 3 mil 200 condenados por ese delito. Los anteriores datos no se difunden con la misma insistencia en que se retratan las desventuras de Venezuela. Esa dualidad comunicacional se extiende al tema de la corrupción. La derecha presenta esta adversidad como una gangrena del progresismo, a la vez que olvida la participación protagónica de los capitalistas en los principales desfalcos de los Estados.

Los grandes medios exponen los detalles del oscuro manejo oficial del dinero público en Venezuela, Brasil o Bolivia, pero no hablan de los casos más escandalosos que afectan a sus protegidos. La indignación colectiva

que precipitó la reciente renuncia del presidente de Guatemala no encabeza los noticieros. La derecha recurre a las mismas unilateralidades mediáticas para embellecer el modelo económico de Chile, cuyo esquema es ponderado por sus privatizaciones; no obstante, se oculta el asfixiante endeudamiento de las familias, la precarización laboral y las miserables pensiones de la jubilación privada. Tampoco se comenta el freno del crecimiento y el aumento de la corrupción, que socavan las reformas de la educación y la previsión social prometidas por Bachelet.

El contraste entre el paraíso neoliberal y el infierno progresista también incluye el silenciamiento del único caso de cesación de pagos de 2015. Puerto Rico se quedó sin plata para financiar el despojo de sus recursos humanos (emigración), naturales (reemplazo de la agricultura por la importación de alimentos) y económicos (deslocalización de la industria y el turismo). Las consecuencias del neoliberalismo no tienen espacio en los periódicos, ni minutos en los informativos. La derecha discute el fin del ciclo progresista pero omite lo que sucede fuera de ese universo.

¿Un periodo posliberal?

La engañosa mirada de la derecha sobre el ciclo progresista contrasta con el importante debate que se desenvuelve en la izquierda, entre teóricos de la continuidad y del agotamiento de ese periodo. El primer enfoque resalta la solidez de las transformaciones de la última década; subrayan los logros socioeconómicos, los avances en la integración, los aciertos geopolíticos y las victorias electorales (Arkonada, 2015a; Sader, 2015a). La consistencia observada en los cambios operados se verifica en el uso del calificativo posliberal

para describir ese ciclo, pues se estima que una etapa «pos» ha dejado atrás a la fase precedente por la contundencia de las mutaciones registradas. A partir de dicho enfoque se polemiza con las visiones que remarcan el declive del proceso (Itzamná, 2015; Sader, 2016b; Rauber, 2015).

El triunfo de Macri, el avance de Capriles-López y la parálisis de Rousseff o Correa han moderado las apreciaciones e inducido a ciertas críticas. Algunos destacan los efectos nocivos de la burocracia o las falencias en la batalla cultural (Arana, 2015; Arkonada, 2015b). Sin embargo, en general mantienen la caracterización del periodo y enfatizan las limitaciones de la ofensiva conservadora así como la debilidad del proyecto, la transitoriedad de sus éxitos o la proximidad de grandes resistencias sociales (Puga, 2015; Arkonada, 2015b). Tal visión no permite registrar hasta qué punto la profundización del patrón extractivista ha socavado el ciclo progresista. La sintonía de ese esquema económico con las administraciones derechistas no se extiende a sus pares de centroizquierda. Los gobiernos son afectados por las nefastas consecuencias de un modelo que deteriora el empleo e impide el desarrollo productivo, por tanto tal contradicción es mucho más severa en los procesos radicales.

El supuesto de un periodo posliberal omite esas tensiones, porque no sólo olvida que la superación del neoliberalismo exige comenzar a revertir la primarización de la región, también recurre a muchas indefiniciones en la caracterización del periodo. Nunca se aclara si el posliberalismo alude a los gobiernos o a los patrones de acumulación. Aunque a veces se sugiere que conforma un periodo contrapuesto al Consenso de Washington, hace hincapié en el giro político hacia la autonomía, al mismo tiempo que se desconoce la persistencia del patrón de exportaciones básicas.

Adicionalmente, se argumenta que un cambio más sustancial del modelo económico desborda lo que puede encarar América Latina. Si bien este giro supondría virajes más significativos en un capitalismo multipolar en gestación, nadie precisa cómo esas transformaciones alterarían la fisonomía tradicional de la región. Lo ocurrido en la última década ilustra un curso de primarización, contrapuesto a los pasos que debería transitar la región para forjar una economía industrializada, diversificada e integrada.

El enfoque afín al progresismo reivindica asimismo el basamento económico neodesarrollista del último decenio y resalta sus contrastes con el neoliberalismo; en cambio, no registra las numerosas áreas de complementariedad entre ambos modelos; tampoco nota que ningún ensayo de mayor regulación estatal ha revertido las privatizaciones, erradicado la precariedad laboral o modificado los pagos de la deuda. Esas insuficiencias no constituyen el «precio a pagar» por la gestación de un escenario posliberal; perpetúan la dependencia y la especialización primario-exportadora.

Es cierto que en la última década hubo mejoras sociales, mayor consumo y crecimiento, pero tales repuntes ya ocurrieron en otros ciclos de reactivación y valorización exportadora. Lo que no ha cambiado es el perfil del capitalismo regional y su adaptación a los requerimientos actuales de la mundialización. Cuando este dato es ignorado se tiende a observar avances donde hay estancamiento y logros perdurables donde imperan los desaciertos. El trasfondo del problema es la santificación del capitalismo como único sistema factible. Los teóricos del progresismo descartan la implementación de programas socialistas o a lo sumo aceptan su eventualidad para futuros lejanos. Con ese presupuesto imaginan la viabilidad de esquemas heterodoxos, inclusivos o productivos de capitalismo latinoamericano.

Cada evidencia de fracaso del modelo es sustituida por otra esperanza del mismo tipo, que desemboca en desengaños semejantes.

Oficialismo sin reflexión

Los problemas reales que afectan al progresismo son con frecuencia eludidos; se cuestiona exclusivamente a la burocracia, la corrupción o la ineficiencia. Se olvida que esas adversidades suelen acosar en algún momento a todos los modelos económicos y no constituyen una peculiaridad de la última década. Como se supone, también, que la única alternativa frente a esas administraciones es el retorno conservador, se justifican conductas que terminan facilitando la restauración derechista.

Ese comportamiento se corroboró durante las protestas que irrumpieron bajo los gobiernos de centroizquierda. Los oficialistas rechazaron las manifestaciones al observar la intervención de la derecha en su gestación. Cuestionaron a los «desagradecidos» que ganaron las calles, desconociendo lo hecho por las administraciones progresistas. Durante los paros de Argentina (2014-2015), el progresismo repitió los argumentos tradicionales del *establishment*. Objetó el carácter «político» de las huelgas, omitiendo que ese perfil no reduce su legitimidad. Arremetió contra la «extorsión de los piquetes», olvidando que el chantaje es ejercido por las patronales y no por los activistas. En adición, ignoró que los cortes protegen de sanciones a los trabajadores precarizados sin derecho a la protesta. Otros progresistas descalificaron las huelgas bajo la afirmación «mañana todo seguirá igual», como si un acto de fuerza de los trabajadores no favoreciera su capacidad de negociación. Incluso presentaron la huelga como un acto de «egoísmo»

de los asalariados con mayores sueldos, cuando esa ventaja ha permitido motorizar las mayores resistencias sociales de la historia argentina.

En Brasil la reacción del PT fue semejante, no participó en el inicio de las jornadas de 2013, expresó su desconfianza hacia los manifestantes y sólo aceptó la validez de las marchas cuando se masificaron. El gobierno se limitó a acusar a la derecha de incentivar el descontento, en lugar de registrar la desilusión popular con una administración que designa ministros neoliberales. La hostilidad hacia las acciones callejeras derivó de la involución del PT, partido que perdió sensibilidad hacia los reclamos populares al estrechar vínculos con el empresariado y los banqueros. Su cúpula gestiona la economía al servicio de los capitalistas y se sorprende cuando sus bases sociales demandan lo que siempre reclamaron.

Las mismas tensiones salieron a flote en Ecuador frente a numerosas peticiones de los movimientos sociales en defensa de la tierra y el agua. Como las marchas coincidieron con rechazos de la derecha a los proyectos impositivos del gobierno, los oficialistas subrayaron la convergencia de ambas acciones en un mismo proceso de restauración conservadora. En vez de propiciar una aproximación a los reclamos sociales para forjar un frente común contra los reaccionarios, el progresismo acompañó ciegamente a Correa. Lo ocurrido frente a las protestas en los tres países gobernados por la centroizquierda ilustra cómo las administraciones progresistas toman distancia (en vez de aproximarse) del movimiento popular. De esa forma pavimentan el repunte de la derecha.

Distinciones perdurables

Las tesis posliberales son objetadas por otros autores que remarcan el agotamiento del ciclo progresista, como consecuencia del extractivismo. Estiman que los emprendimientos megamineros (Tipnis, Famaitina, Yasuni, Aratiri) y la primacía de la soja o los hidrocarburos han impedido reducir la desigualdad social. Consideran, además, que todos los gobiernos de América Latina convergen en un «consenso de *commodities*» que acentúa la primarización (Svampa, 2014; Zibechi, 2016, 2015a).

A pesar de que esa visión describe correctamente las consecuencias de un modelo que privilegia las exportaciones básicas, postula de forma errónea la preeminencia de una fisonomía uniforme en la región. Tampoco registra las significativas divergencias que separan a los gobiernos derechistas, centroizquierdistas y radicales en todos los terrenos ajenos al extractivismo. Venezuela no erradicó la gravitación del petróleo, Bolivia no se liberó de la centralidad del gas y Cuba mantiene su atadura al níquel o al turismo; sin embargo, esta dependencia no convierte a Maduro, Morales o Castro en mandatarios semejantes a Peña Nieto, Santos o Pinera. Las exportaciones básicas prevalecen en general en la economía latinoamericana sin definir el perfil de los gobiernos.

Al resaltar los nefastos efectos del extractivismo se evita la ingenua visión posliberal. Las limitaciones del progresismo no se reducen al reforzamiento del patrón agrominero, ni el neodesarrollismo se define por dicha dimensión. Si la impronta extractiva constituyera el rasgo principal del modelo, no presentaría diferencias relevantes con el neoliberalismo. Los nuevos desarrollistas intentaron canalizar la renta agrominera hacia el mercado interno y la recomposición industrial, pero fallaron

en ese objetivo y tuvieron una pretensión ausente en sus adversarios librecambistas.

Es importante precisar las distinciones para elaborar alternativas. De la exclusiva contraposición en torno al extractivismo no emergen las respuestas. Frente al capitalismo posliberal impulsado por los teóricos de la continuidad del ciclo progresista, sus objetores no postulan la opción socialista. Enuncian más bien genéricas convocatorias a proyectos centrados en la multiplicación de comunidades autogestionadas. El horizonte localista suele desechar la necesidad de un Estado administrado por las mayorías populares, que concilie la protección del medio ambiente con el desarrollo industrial. América Latina necesita nacionalizar los principales soportes de su economía, con el propósito de financiar emprendimientos productivos con la renta agrominera. Los beneficiarios de tales propuestas serían las mayorías laboriosas y no las minorías capitalistas. Aquí radica la principal diferencia del socialismo con el neodesarrollismo.

Los teóricos del declive progresista cuestionan el autoritarismo de los gobiernos de ese signo. Describen restricciones a las libertades públicas, agresiones al movimiento indígena y reforzamientos del presidencialismo. También denuncian la sustitución de dinámicas de hegemonía por lógicas coercitivas y el silenciamiento de las voces independientes frente a la palabra oficial (Svampa, 2015; Gudynas, 2015; Zibechi, 2015b). Ninguna de estas tendencias ha convertido a una administración de centroizquierda en un gobierno de la reacción. El único caso de ese tipo sería Ollanta Humala, que se disfrazó de chavista y ejerce la presidencia con mano dura y entrega neocolonial.

Es imprescindible reconocer las diferencias mencionadas a fin de tomar distancia de los mensajes que divulga la derecha contra el «autoritarismo»

y el «populismo». Mientras que los políticos conservadores buscan unificar las críticas al progresismo en un engañoso discurso común, la izquierda necesita delimitarse. Repudiar explícitamente argumentos o posturas de los reaccionarios es la mejor forma de evitar esa trampa. Conviene no olvidar que radicalizar los procesos empantanados por las vacilaciones del progresismo es una meta contrapuesta a la regresión neoliberal. Por ello pueden existir áreas de convergencia con la centroizquierda, mas nunca con la derecha. La confrontación con los reaccionarios es un requisito de la acción política popular.

Las anteriores distinciones se verifican en todos los planos y tienen especial vigencia en el terreno democrático. El progresismo puede adoptar actitudes coercitivas pero no actúa estructuralmente con patrones represivos. Así, un pasaje de formas hegemónicas (consenso) a dominantes (coerción) en la gestión estatal se acompaña por lo habitual por cambios en el tipo de gobierno. Las diferencias entre la centroizquierda y la derecha que aparecieron al inicio del ciclo progresista persisten en el presente.

Controversias concretas

Actualmente, los debates en curso asumen en Venezuela un contenido urgente. Allí no se discuten diagnósticos genéricos de continuidad o agotamiento de la etapa, sino propuestas específicas de radicalización o involución del proceso bolivariano. El primer planteamiento es alentado por los revolucionarios, quienes rechazan los pactos con la burguesía, promueven acciones efectivas contra los especuladores y auspician la consolidación del

poder comunal. Se trata de iniciativas que retoman la audacia que caracterizó a las revoluciones exitosas del siglo XX, pues pretenden emprender acciones antes que la derecha gane la partida (Conde, 2015; Valderrama y Aponte, 2015; Aznárez, 2015; Carcione, 2015).

El segundo enfoque es alentado por los socialdemócratas y los funcionarios que lucran con el *statu quo*. Sus teóricos no explicitan con claridad un programa, ni siquiera objetan de modo abierto las tesis radicales; simplemente soslayan las definiciones, arguyendo que el gobierno encontrará el camino correcto. Con esa actitud suelen denunciar la culpabilidad del imperialismo en todos los atropellos que sufre Venezuela, sin aportar propuestas para derrotar las agresiones. Convocan a redoblar los esfuerzos contra la «ineficiencia» o el «descontrol», pero evitan mencionar la nacionalización de los bancos, la expropiación de quienes fugan capital o la auditoría de la deuda.

En la disyuntiva actual la simple reivindicación del proceso bolivariano (y de la adhesión que preserva) no resuelve ningún problema. Sin discutir abiertamente por qué el chavismo perdió votantes activos, no hay forma de revertir el mayor predicamento de la derecha. Tampoco alcanza a señalar elípticamente que el gobierno «no supo o no pudo» adoptar las políticas adecuadas. Más desacertado aún es culpabilizar al pueblo por su «olvido» de lo otorgado por el chavismo. Esta forma de razonar supone que las mejoras concedidas paternalmente por una administración deben ser aplaudidas sin chistar. Es la mirada contrapuesta al poder comunal y al protagonismo de trabajadores que construyen su propio futuro.

Los proyectos de capitalismo posliberal chocan con la realidad venezolana; allí se comprueba el carácter fantasioso de ese modelo y la necesidad de abrir caminos anticapitalistas para impedir la restauración

conservadora. Rechazar estos senderos con un recetario de imposibilidades conduce sencillamente a bajar los brazos. Algunos pensadores coinciden con esa caracterización, pero estiman que «ya pasó el momento» para avanzar en tal dirección. ¿Cómo se determina entonces la temporalidad? ¿Cuál es el barómetro para dictaminar el fin de un proceso transformador? La pérdida de entusiasmo, el repliegue a la vida privada y las proclamas de «adiós al chavismo» son datos de la coyuntura, aunque en múltiples ocasiones el pueblo reaccionó ante situaciones de extrema adversidad. No sería la primera vez que las divisiones y los errores de la derecha precipitan un contragolpe bolivariano.

Identidad socialista

La persistencia, renovación o extinción del ciclo progresista en la región depende de la resistencia popular. No es posible indagar la continuidad o la cancelación de ese periodo omitiendo esta dimensión. Es un craso error evaluar cambios de gobiernos e ignorar las etapas de lucha, organización o conciencia de los oprimidos. Por el momento la derecha tiene la iniciativa, pero el signo del periodo se definirá en las batallas sociales que seguramente precipitarán los propios conservadores. El resultado de esos conflictos no sólo depende de la disposición de lucha. La influencia de corrientes socialistas, antiimperialistas y revolucionarias será un factor clave en el final.

Las tradiciones de las vertientes indicadas se han actualizado en la última década por movimientos sociales y procesos políticos radicales. Una nueva generación de militantes retomó en especial el legado de la revolución cubana y el marxismo latinoamericano. Chávez desempeñó un papel

trascendental en esa recuperación y su fallecimiento afectó severamente el renacimiento de la ideología socialista. El impacto fue tan grande que indujo a buscar referentes sustitutos. La centralidad asignada al papa Francisco es un ejemplo de esos reemplazos, que suelen confundir funciones de mediación con los de liderazgo.

Es incuestionable la utilidad de ciertas figuras que negocien con los enemigos. El primer latinoamericano que accede al papado aporta una buena carta de intermediación con el imperialismo. Su presencia puede servir para romper el bloqueo económico sobre Cuba, contrarrestar el sabotaje a las negociaciones de paz en Colombia o interceder frente a las bandas criminales que operan en la región. Sería insensato desperdiciar el puente que aporta Francisco para cualquiera de las tratativas señaladas. Semejante función no implica protagonismo del papa en las batallas contra el capitalismo neoliberal. Muchos suponen que Francisco dirige esa confrontación, mediante mensajes contra la desigualdad, la especulación financiera o la devastación ambiental. No registran que estas proclamas contradicen la continuada fastuosidad del Vaticano y su financiamiento a través de oscuras operaciones bancarias. La disolución entre prédica y realidad ha sido un clásico de la historia eclesiástica.

El papa retoma también varios preceptos de la doctrina social de la Iglesia, que auspician modelos de capitalismo con mayor injerencia estatal. Dichos esquemas buscan regular los mercados, alentar la compasión de los poderosos y garantizar la sumisión de los desposeídos. Desenvuelven una ideología forjada durante el siglo XX en polémica con el marxismo y sus influyentes ideas de emancipación. Las concepciones de la Iglesia no han cambiado. Francisco intenta retomarlas a fin de recuperar la pérdida de adhesión que sufre el catolicismo a causa de credos rivales. Religiones que

aparte de modernizarse, son más accesibles a las clases populares y están menos identificadas con los intereses de las elites dominantes.

La campaña del Vaticano cuenta con el beneplácito de los medios de comunicación que enaltecen la figura de Francisco, pero ocultan su cuestionado pasado bajo la dictadura argentina. Bergoglio mantiene su vieja hostilidad a la Teología de la Liberación, rechaza la diversidad sexual, niega los derechos de las mujeres y evita la penalización de los pedófilos. Encubre, además, obispos impugnados por las comunidades (Chile), canoniza misioneros que esclavizaron indígenas (California) y facilita las agresiones contra el laicismo.

Es un error suponer que la izquierda latinoamericana se construye en un ámbito compartido con Francisco. No sólo persiste una contraposición de ideas y objetivos. Mientras que el Vaticano continúa reclutando fieles para disuadir la lucha, la izquierda organiza protagonistas de la resistencia. Reforzar esta actitud combativa es tan importante como afianzar la identidad política de los socialistas. La izquierda del siglo XXI se define por su perfil anticapitalista. Batallar por los ideales comunistas de igualdad, democracia y justicia es la mejor forma de contribuir a un desemboque positivo del ciclo progresista.

Referencias

Aharonian, Aram (7 de diciembre de 2015), «Venezuela, ejemplo cívico..., ¿y ahora qué?», *Noticias de América Latina y el Caribe*, en <http://www.nodal.am/2015/12/venezuela-ejemplo-civico-y-ahora-que-por-aram>

- Arana, Silvia (1 de octubre de 2015), «Respuesta a los profetas del ‹fin de ciclo› latinoamericano. Los aciertos históricos de los gobiernos progresistas son innegables», *Rebelión*, en <http://www.rebellion.org/noticias/2015/10/203924.pdf>
- Arkonada, Katu (8 de septiembre de 2015a), «¿Fin del ciclo progresista o reflujos del cambio de época en América Latina? 7 tesis para el debate», *Rebelión*, en <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=203029>
- Arkonada, Katu (2015b), «¿Fin de ciclo? La disputa por el relato», en <http://www.mdzol.com/opinion/646979-fin-de-ciclo-la-disputa-por-el-relato/>
- Aznárez, Carlos (7 de diciembre de 2015), «Venezuela: aún se está a tiempo de salvar la Revolución», *Resumen Latinoamericano*, en <http://www.resumenlatinoamericano.org/2015/12/07/venezuela-aun-se-esta-a-tiempo-de-salvar-la-revolucion/>
- Carcione, Carlos (15 de octubre de 2015), «Una mirada desde Venezuela. Lo que viene en América Latina: ¿un nuevo ciclo o un periodo de grandes disputas?», *Rebelión*, en <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=204490>
- Cieza, Guillermo (2015), «¿Fin de ciclo o fin de cuento?», en <http://contrahegemoniaweb.com.ar/fin-de-ciclo-o-fin-de-cuento/>
- Colussi, Marcelo (2015), «Un espejo donde mirarse», en <http://www.aporrea.org/ideologia/a214219.html>
- Gómez Freire, Gonzalo (2015), «Para los que le echan la culpa a la ‹guerra económica› y al ‹pueblo desagradecido›», en <http://www.aporrea.org/ideologia/a218577.html>
- Gudynas, Eduardo (7 de octubre de 2015), «La identidad del progresismo, su agotamiento y los relanzamientos de las izquierdas», *América Latina en movimiento*, en <http://www.alainet.org/es/articulo/172855>

- Guerrero, Modesto Emilio (2015), «La cuestión es que el gobierno nunca se propuso destruir al Estado capitalista», en <http://www.aporrea.org/actualidad/n282586.html>
- Guido, Emiliano y Maristella Svampa (13 de noviembre de 2014), «Entrevista a la socióloga Maristella Svampa. Cristina, el maldesarrollo y el progresismo sudamericano», *Rebelión*, en <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=191895>
- Isa Conde, Narciso (10 de diciembre de 2015), «Venezuela: causas, efectos y respuestas a un gran revés», *ABP Noticias*, en <http://www.abpnoticias.org/index.php/venezuela/2844-venezuela-causas-efectos-y-respuestas-a-un-gran-reves>
- Iturriza, Reinaldo (8 de diciembre de 2015), «Venezuela: después del 6-D no hay chavismo vencido», *Resumen Latinoamericano*, en <http://www.resumenlatinoamericano.org/2015/12/08/venezuela-despues-del-6-d-no>
- Itzamná, Ollantay (24 de septiembre de 2015), «Latinoamérica emergente: ¿se acaba la esperanza?», *América Latina en movimiento*, en <http://www.alainet.org/es/articulo/172606>
- Puga Álvarez, Valeria (diciembre de 2015), «América Latina en disputa: contra la tesis del fin de ciclo progresista», *Cuadernos de Coyuntura*, en <http://coyuntura.sociales.uba.ar/america-latina-en-disputa-contrala-tesis-del-fin-de-ciclo>
- Rauber, Isabel (2015), «La clave del protagonismo popular. Gobiernos populares de América Latina, ¿fin de ciclo o nuevo tiempo político?», en <http://isabelrauber.blogspot.com.ar/2015/12/la-clave-del-protagonismo-popular.html>
- Rojas, Pablo y Miguel Mazzeo (2015), «Fin de ciclo, progresismo e izquierda. Entrevista con Miguel Mazzeo», en <http://contrahegemoniaweb.com.ar/hay-que-sembrarse-en-las-experiencias-del-pueblo>
- Sader, Emir (14 de septiembre de 2015a) «¿El final del ciclo (que no hubo)?», *América Latina en movimiento*, en <http://www.alainet.org/es/articulo/172389>

- (4 de enero de 2016b), «La izquierda del siglo XXI», *Página 12*, en <http://www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-289505-2016-01-04.html>
- Stedile, João Pedro (24 de noviembre de 2015), «El imperio pasó a jugar más duro», *América Latina en movimiento*, en <http://www.alainet.org/es/articulo/173811>
- Szalkowicz, Gerardo (9 de diciembre de 2015), «Venezuela: golpe de timón o peligro de naufragio», *Marcha*, en <http://www.marcha.org.ar/venezuela-golpe-de-timon-o-peligro-de-naufragio/>
- Svampa, Maristella (25 de agosto de 2015), «Termina la era de las promesas andinas», *Clarín*, en https://www.clarin.com/rn/ideas/Termina-promesas-andinas_0_BJvEN4tv7e.html
- Teruggi, Marco (10 de diciembre de 2015), «Venezuela: recalculando (para vencer)», *América Latina en movimiento*, en <https://www.alainet.org/es/articulo/174167>
- Valderrama, Toby y Antonio Aponte (8 de diciembre de 2015), «Venezuela. El presidente Maduro y la revolución en su laberinto, ¿cómo resolver el enigma?», *Resumen Latinoamericano*, en <http://www.resumenlatinoamericano.org/2015/12/08/venezuela-el-presidente-maduro-y-la-revolucion-en-su-laberinto-como-resolver-el-enigma/>
- Zibechi, Raúl (4 de agosto de 2015a), «Hacer balance del progresismo», *Resumen Latinoamericano*, en <http://www.resumenlatinoamericano.org/2015/08/04/hacer-balance-del-progresismo/>
- (27 de septiembre de 2015b), «Las tormentas que vienen», *La Jornada*, en <http://www.jornada.unam.mx/2015/11/27/opinion/024a2pol>
- (30 de diciembre de 2016), «Crisis de los gobiernos progresistas», *Contrapunto*, en <http://www.contrapunto.com.sv/opinion/tribuna/crisis-de-los-gobiernos-progresistas>